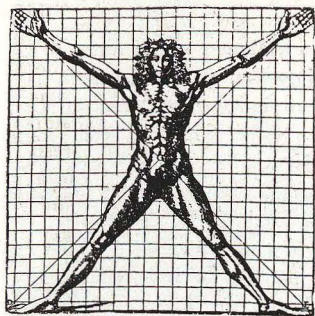




*Edificio de la
R. C. A. (Del
libro "New
Andreas Fei-
ninger.")*



SESIONES DE CRITICA DE ARQUITECTURA

EXPERIENCIAS ARQUITECTONICAS DE UN VIAJE A NORTEAMERICA

Sesión correspondiente al
mes de enero de 1953.

Fernando Chueca, Arquitecto.

Vamos a ensayar hoy una nueva modalidad. No voy a ser yo propiamente el ponente, sino vosotros. Me vais a preguntar y yo me voy a limitar a contestar a vuestras preguntas. Algún compañero me dijo que esto se llamaba tener sentido práctico, que había aprendido muy bien la lección americana. Antes de empezar os diré que de mi viaje he publicado dos libros; acaso algo de lo que en ellos se diga os interese. Perdonadme esta autopropaganda; pero lo mismo que Carlos de Miguel nos dijo en una de estas sesiones que los arquitectos teníamos la obligación moral y material de apoyar a nuestra revista, yo os digo que también tenemos que sostener a aquellos compañeros que se dedican a la ingrata tarea de publicar, y no sólo por ellos mismos, sino por los editores e instituciones que toman a su cargo el riesgo económico de materializar en papel y tinta sus escritos. Estamos ante el riesgo de que si los editores no encuentran compensación a sus esfuerzos, desistan de publicar cosas de arquitectura. Y esto es una grave responsabilidad para la clase. Estas sesiones han tenido por objeto elevar el nivel espiritual de la profesión; es menester que demos con algún pequeño sacrificio que no han sido baldíos.

Antes de comenzar el diálogo de preguntas y respuestas, vamos a proyectar algunas fotografías de los Estados Unidos. Fotografías tomadas al azar, sin ningún método ni propósito. Sólo tratan de crear un clima y un ambiente propicios a la conversación que ha de seguir.

Comienzan las preguntas:

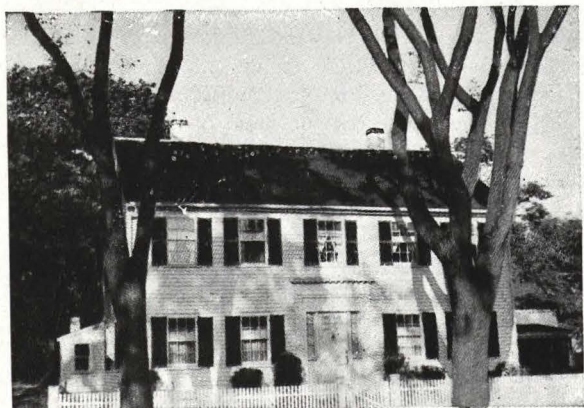
¿COMO SE DA LA ENSEÑANZA DE LA ARQUITECTURA EN NORTEAMERICA?

Sólo este tema daría para llenar íntegramente la sesión. Tendré que ser breve. La enseñanza en América tiene unas bases distintas de las que nosotros conocemos. Serán acertadas o erróneas, esto dependerá del juicio de cada uno; pero lo que sí son es totalmente distintas. En primer lugar, la Universidad es un organismo absolutamente privado. Hay algunas Universidades estatales, pero son las menos y, sobre todo, las menos conocidas y prestigiosas. Cada Universidad organiza

la enseñanza como lo cree conveniente y escoge los profesores que estima mejores, naturalmente sin oposición. Los títulos no tienen validez por un refrendo oficial, sino por el propio prestigio de la Universidad que los garantiza. Un título de Harvard, de Yale, de Columbia, etcétera, recoge, por así decirlo, toda la autoridad, universalmente reconocida, de estos centros de cultura de gloriosa historia, y nadie, y menos las autoridades gubernamentales, lo pondrían en duda.

La enseñanza de la Arquitectura pertenece a la Universidad como una Facultad más. A mi juicio, este clima universitario—conste que es una opinión personal—es altamente favorable, y evita en las carreras técnicas que se acuse demasiado la vertiente práctica de la formación. El universitario desarrolla mejor su personalidad, y, al final, es una ventaja, y no pequeña, para el profesional, que luego ha de entrar en relación con la sociedad. No comprendo por qué en España seguimos aferrados a una concepción, sin duda de origen francés, que tiende a limitar la Universidad a las Facultades clásicas, privándola, a su vez, de una serie de aportaciones interesantísimas de la vida moderna. La Universidad en América es el *alma mater* que lo acoge todo, no sólo las facultades técnicas y artísticas, sino actividades como los negocios, el periodismo, el teatro, el cine, etc., etc.

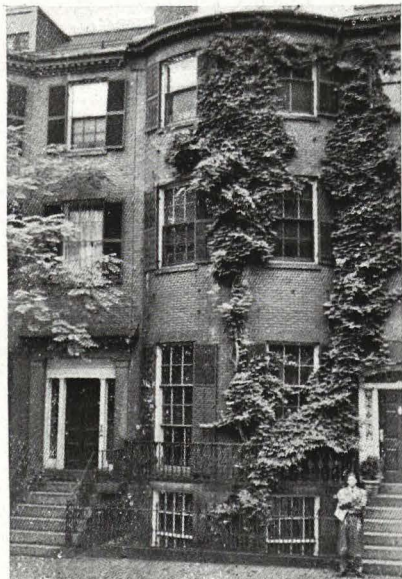
La enseñanza, dentro de este marco universitario, tiene características de amplitud y flexibilidad que aquí no sospechamos. Para obtener un título (Master degree, Doctor degree, etc.) no se le exige al alumno aprobar un número invariable de asignaturas fijas, sino que al final de su formación presente una cantidad determinada de puntos. Cada asignatura que se aprueba supone unos puntos, que se suman a su haber. Ahora bien: en cierto modo, estas asignaturas las puede escoger entre las amplias posibilidades que le da su propia facultad, matizando así personalmente el carácter de su enseñanza. Puede, dentro de ciertos márgenes, escoger también sus profesores entre aquellos que le interesen o le ofrezcan mayor confianza. En una palabra: el estudiante participa en su propia educación, que puede construir a su gusto, dando más énfasis a aquellas disciplinas que luego han de constituir su campo de actividad.



La enseñanza es cara, y las Universidades, que se sostienen de muchas maneras, tienen que cobrar derechos de matrícula para enjugar su déficit. Se sostienen generalmente gracias a sus propiedades y activos de todo orden (Columbia University es propietaria, por ejemplo, del solar del Rockefeller Center, por el que cobra tres millones de dólares de renta anual), gracias también a las donaciones de los millonarios y a los derechos de matrícula. Es frecuentísimo que el alumno se pague su propia enseñanza, por un prurito de independencia y emancipación. Incluso lo hacen los hijos de familias adineradas, para ensayarse de este modo en las responsabilidades futuras. La propia Universidad atiende a facilitar medios de vida a los estudiantes, buscándoles trabajo idóneo. Todas tienen unas especies de agencias de colocación, donde el estudiante se inscribe, llena una serie de impresos con sus circunstancias y aptitudes personales y espera ser llamado a las filas del trabajo. Hay estudiantes de Arquitectura que se colocan como chóferes en Compañías de turismo, de manera que, a la vez que conducen los autocares, van explicando, gracias a sus conocimientos, los monumentos que visitan.

Como el individuo tiene a gala pagarse su enseñanza, y esto le cuesta un considerable esfuerzo, la aprovechan al máximo. El faltar a clase es para ellos tan absurdo como lo sería tomar un abono de ópera y luego no acudir a las representaciones. Asisten, pues, a clase puntualmente, y procuran obtener de las enseñanzas del profesor el mayor rendimiento. Este es, en cierto modo, un servidor suyo y al que ellos pagan. No existe en los Estados Unidos su majestad el catedrático, imponente señor subido siempre en una tarima. No existe, claro está, tarima. Independientemente de su prestigio científico, están allí en calidad de servidores. Suelen tener el despacho contiguo a las aulas donde trabajan. En ese despacho, pasadas las horas de clase, siguen a la dis-

Arquitectura Colonial, Post-revolucionaria y Victoriana. La prueba palpable de una excelente tradición inglesa guiando los primeros pasos de la Arquitectura americana.





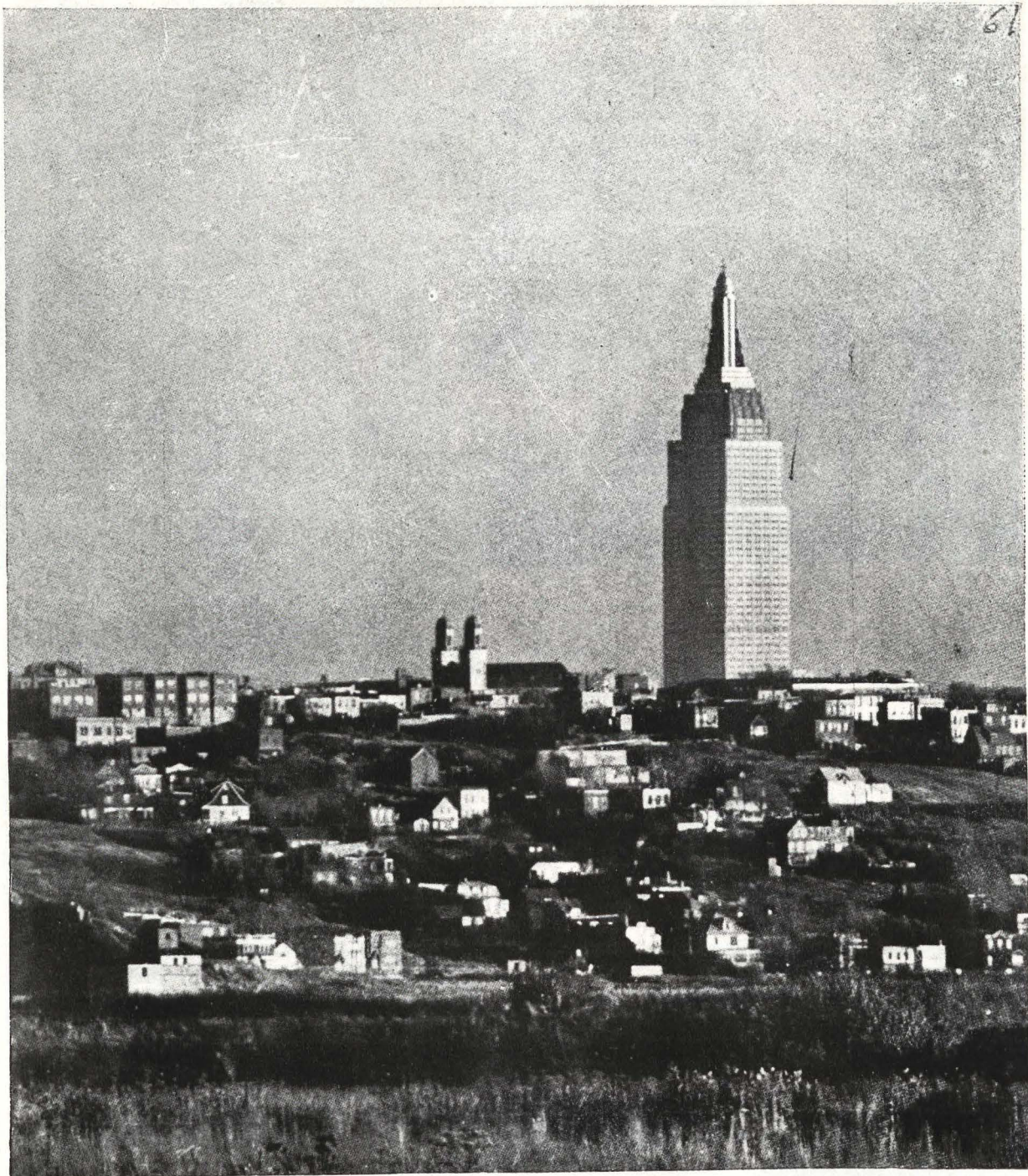
Nueva York. Dos aspectos fantásticos del puerto más importante del mundo. Los rascacielos de la "Downtown" surgen como acantilados bravíos. En la fotografía de la derecha se ven todavía viejos edificios que fueron testigos de la romántica navegación a vela. (De "New York", de Andreas Feininger.)

posición de los estudiantes, evacuando sus consultas y aconsejándolos. En general, allí tienen su biblioteca particular, que debe estar a la disposición de sus alumnos. Cuando llega la hora de clase, el profesor se traslada de habitación con un enorme fardo de libros al brazo, que nadie le ayuda a llevar: son los libros sobre los que se va a tratar en clase. El coloca su aparato de proyección, si le hace falta, mientras los alumnos fuman y se desperezan, bien arrellenados en sus sillas. Se fuma en clase con entera libertad. Las actividades del profesor no se circunscriben a la clase: organiza seminarios y visitas; dirige los viajes de estudio; prepara, por ejemplo, exposiciones, muy frecuentes en los departamentos de Arquitectura y Urbanismo, que él mismo coloca y monta, haciendo de carpintero y electricista, trabajando manualmente, como es frecuente en América, donde el jornal de un obrero es algo inasequible. El ser profesor es una ocupación que llena íntegramente la vida; es una carrera en sí, con independencia de otras actividades. Un profesor en su Universidad me recuerda un militar haciendo vida de guarnición.

Por todas estas razones, la vida universitaria en América tiene un gran fondo de moralidad. Nadie engaña a nadie. Esto ni sería práctico ni conduciría a nada. Esta moralidad la he podido comprobar perfectamente en los exámenes que he sufrido en la Universidad de Columbia. La inmensa mayoría de los exámenes son escritos. El profesor nunca adopta actitudes de cancerbero; no es necesario: lee sus libros o se va tranquilamente a su despacho. Todo el mundo escribe encerrado y absorto en sí mismo. Lo mismo da que el profesor esté o no delante. A nadie se le ocurre consultar nada

con el vecino; es casi más que una virtud, un hábito. Si se copiaran unos a otros, les faltaría luego el conocimiento real de su preparación al terminar el curso, y esto es lo que principalmente les interesa y lo que piden al profesor. Tengamos también en cuenta que los exámenes no son esa cosa espantable que estamos acostumbrados a conocer en estas latitudes, ni tienen terribles caracteres irremediables que pueden llevar a la pérdida del curso o a la tragedia familiar. Cada uno responde ante sí mismo, y esto ya es en sí tranquilizador. El examen no es una prueba de destreza artificial ni de capacidad memorística. No se trata de hacerle caer en la trampa al examinando, sino de sacarle de ella. Se trata de saber si, en realidad, ha asimilado la asignatura, aunque le falte la memoria de algunos detalles. Los exámenes se parecen mucho a los *test* de tipo psicológico o simplemente recreativo. Las preguntas tienen formas parecidas a éstas: "Frente a esta situación, ¿usted qué haría?"; "¿De estas soluciones, cuál es la más acertada para el caso y por qué?"; "Explique usted las ventajas y los inconvenientes del procedimiento X"; "Haga usted un examen crítico de los procesos que representan estos diagramas"; "¿Quién de estas personas intervino en la formulación de la teoría H?", etc., etcétera. El que ha asimilado los conocimientos básicos no puede fallar, y va al examen tranquilo. No existe, por tanto, el problema de la inhibición psicológica.

Además del examen, tienen mucha importancia los trabajos que se van realizando durante el curso. Muy a menudo, el profesor solicita que se le presenten estudios escritos sobre diversas materias referentes a la asignatura: son los famosos *papers* de las Universidades americanas. En estos trabajos se acostumbra a



El obelisco del Empire State Building tal como aparece gracias al teleobjetivo sobre la campiña de New Jersey. Entre el primer plano y el gran coloso, muchas millas de distancia. (De "New York", de Andreas Feininger.)

manejar un gran caudal bibliográfico; a veces yo considero que incluso excesivo, pues se llega a desorientar al alumno, que pierde de vista las obras fundamentales entre el cúmulo de las accesorias. Pero estos *papers* tienen una gran virtud: despiertan en el estudiante el hábito por la investigación y crítica propias, y, además, desarrollan en él la facultad de escribir, de ordenar claramente sus pensamientos y de apoyarlos en fuentes precisas. Estas son las cosas que, a mi juicio,

otorga el clima universitario de que hablaba antes, y que tanto se hacen sentir en nuestras escuelas profesionales. Además del hábito de escribir, se fomenta en las clases la costumbre de exponer las ideas oralmente, pues todas ellas se terminan con una intervención de los propios discípulos. No es, en realidad, el profesor quien pregunta; es el alumno el que expone sus dudas o el que pone objeciones a las tesis desarrolladas por el maestro. Algo que el amor propio de mu-

En Chicago hay muchos ejemplos de una Arquitectura fuerte y original. Véase este detalle del Auditorium Building, de Adler y Sullivan .

chos de nuestros catedráticos difícilmente consentiría. En las clases a las que he asistido, siempre me ha maravillado la asombrosa facilidad de palabra de los estudiantes y su despierto sentido crítico.

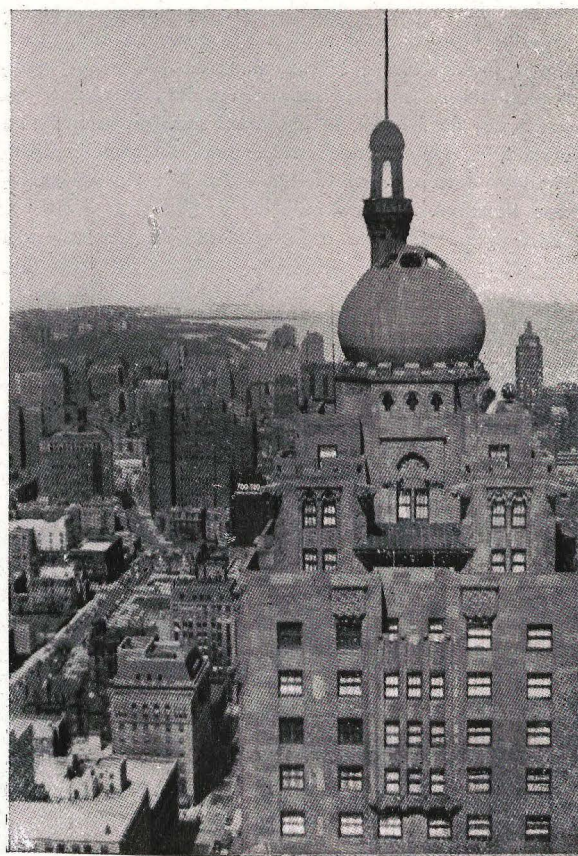
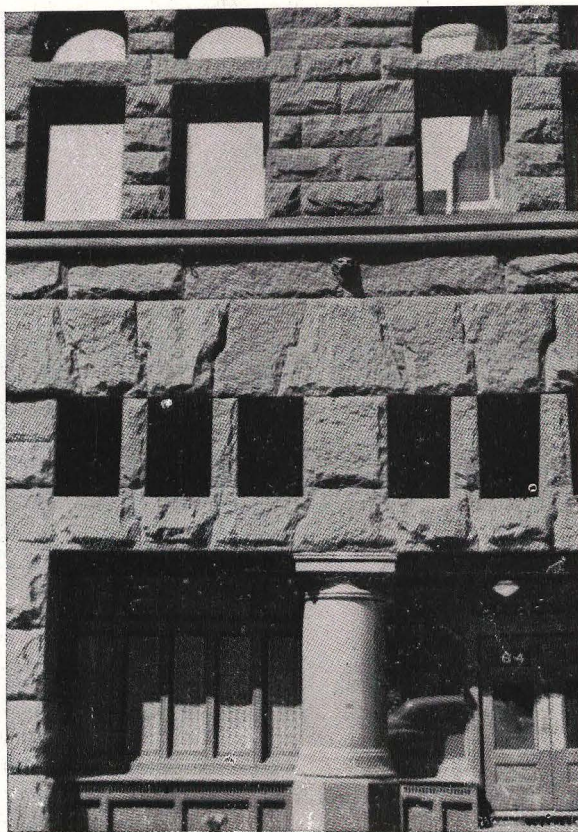
EL ALUMNO, CUANDO HA ADQUIRIDO SUS GRADOS, ¿QUE HACE?

Si la pregunta anterior se refería a la formación del arquitecto, ésta se refiere al desarrollo de su vida profesional y al medio en que ésta se desenvuelve. Empezaré por deciros que en esta materia estoy menos informado. He sido alumno regular en la Facultad de Urbanismo de la Universidad de Columbia; pero, por desgracia para mí, no he sido profesional trabajando en América.

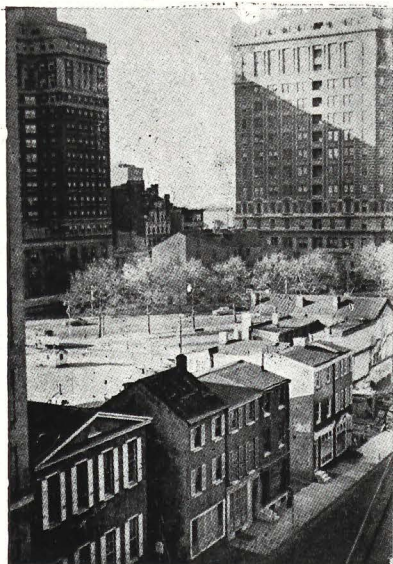
Sin embargo, lo que antes hemos dicho sobre la educación es un buen preámbulo para entender el desarrollo de la vida profesional. Por el carácter de la propia enseñanza, ya se comprende que ésta no persigue el otorgar un título o patente de privilegio que por sí mismo resuelva la vida del que lo ha conseguido. En esto es, por desgracia, en lo que va cayendo nuestra enseñanza profesional. El joven americano que se ha graduado no tiene, ni mucho menos, resuelta su vida. Entonces es cuando empieza su lucha, que tiene caracteres ásperos, porque la vida americana está montada sobre la competencia. Encuentra, sin embargo, su defensa en la riqueza de posibilidades del país y en las muchas salidas que éste le ofrece.

Antes conviene que haga una salvedad en lo tocante al área de nuestra profesión. En los Estados Unidos, la carrera del arquitecto y del urbanista están completamente separadas, algo parecido a lo que ocurre con el médico y el odontólogo. El urbanista tiene, por tanto, su campo bien definido, y encuentra trabajo en las corporaciones públicas, en instituciones de investigación o planeamiento privadas, y como profesional libre recibiendo encargos de comunidades o particulares. Como el Urbanismo es una práctica de nuevo desarrollo en los Estados Unidos, actualmente existe una demanda de jóvenes urbanistas en todo el país.

Los arquitectos tienen sus salidas análogas en corporaciones, en instituciones, en Universidades (los que abrazan la carrera académica), etc. A estos puestos suelen ir los más jóvenes, los que no tienen recursos o



En Chicago hay también absurdos contrasentidos, que parecen "made in Hollywood".



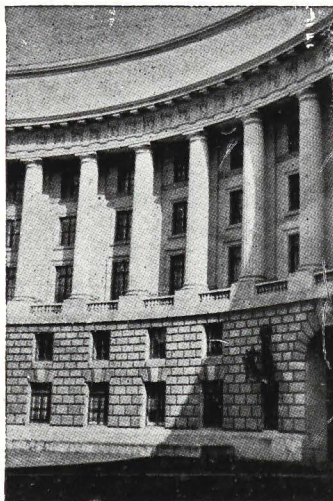
Aspectos "dramáticos" de la urbe americana: Filadelfia, Chicago, Nueva York.

experiencia para acometer el trabajo libre. El abrir una oficina de arquitectura para trabajar libremente, sobre todo en las grandes ciudades, es una cosa muy ardua y muy difícil, a la que, desde luego, es casi imposible llegar de buenas a primeras. Competir, por ejemplo, con alguna de las grandes firmas de Nueva York es algo así como si un pequeño fabricante quisiera retar a la General Motors. Para la conquista de una situación de éstas hay que empezar desde abajo, con paciencia y tesón, y tener además capacidad y buena fortuna, y aun así muchos que se lo proponen no llegan. Un camino es tener la suerte de ingresar en una buena firma ya existente y poder poco a poco progresar en ella, quien sabe si hasta llegar a la cabeza. Como en todas partes, también tienen mucha importancia las relaciones, las conexiones de familia, la habilidad política, etc. Si una persona, dentro de una firma, puede aportar influencia interesante, es muy fácil que sus jefes lo eleven incluso hasta un *partnership*.

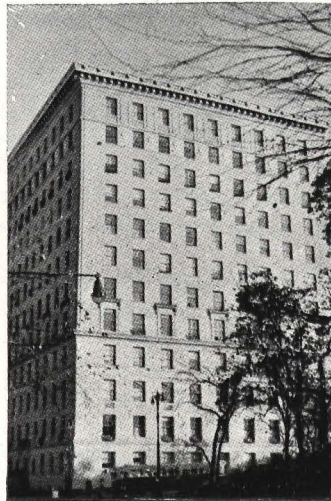
Estas grandes firmas a lo que más se parecen es a

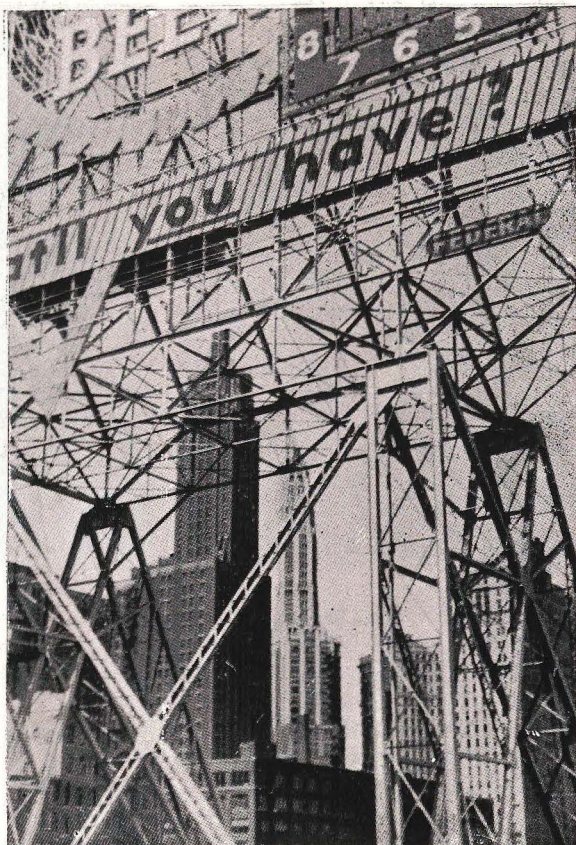
los grandes despachos de abogados que detentan la clientela de las corporaciones fuertes y de la Banca de Wall Street. Cuentan con una organización formidable y recursos financieros que les permiten dar una proyección de gran amplitud a su trabajo. Sin embargo, sus problemas son también de enorme envergadura. Para sostener sus gastos permanentes necesitan tener asegurado el trabajo con gran antelación. Existen firmas cargadas de encargos, cuya inquietud reside en saber si los van a tener dentro de diez años y en poner los medios para que así sea.

En los proyectos importantes tienen que trabajar muchos especialistas, ingenieros de todas las ramas, estructura, electricidad, calefacción, aireación, saneamiento, luminotecnica, etc. El arquitecto es el responsable de la idea, de la composición, de los planos arquitectónicos, que luego han de ser entregados a los diversos especialistas para que sobre ellos cada uno teja su tela de araña. Muchas grandes firmas poseen dentro de ellas mismas sus propios técnicos; pero lo más corriente son



El mesurado renacentismo de los "twenties". El "Post-Office" de Washington, un palacio y una casa de apartamentos lujosos en la Quinta Avenida de Nueva York.





Chicago, la áspera ciudad tecnológica e industrial. Para que se vea a gran distancia un anuncio luminoso de cerveza se monta una torre Eiffel, entre cuyas celosías los rascacielos hacen extraña figura.

las colaboraciones de fuera. Con este trabajo colectivo se llega a construir ese gran edificio de papel que es un proyecto en América. He tenido ocasión de ver algunos proyectos importantes y me he quedado asustado de su minuciosidad. Necesitarían enormes cajones para embalarlos. El arquitecto mantiene las prerrogativas de su papel director, sin que en este país de la técnica predominen en la edificación, como hubiera podido sospecharse, los ingenieros.

Las corporaciones públicas y privadas que construyen mucho suelen encargar su trabajo a las grandes firmas; pero suelen tener asimismo su propio departamento de Arquitectura, con un jefe y un gran staff de arquitectos, cuya labor consiste en facilitar el trabajo de los proyectistas, preparar las normalizaciones, controlar la obra encargada, etc. Estos arquitectos tienen una función técnica, pero no son creadores.

Vamos a otro caso. Existen arquitectos de gran prestigio y personalidad, como los que emigraron de Europa a raíz del nazismo y la guerra, que sólo eventualmente construyen. Se dedican habitualmente a la labor docente, influyendo y formando las nuevas generaciones. Cuando alguno de estos arquitectos recibe un encargo importante y se encuentra sin capacidad para desarrollarlo por no tener estudio permanente montado que sea capaz de absorber el volumen del proyecto, es el propio arquitecto quien encarga a otros con organización suficiente del desarrollo de sus ideas. Tal ha sido

el caso de Mies Van der Rohe con las últimas torres-apartamentos que ha construido en Chicago.

El arquitecto en América del Norte es fundamentalmente un técnico proyectista. Lo importante de su función acaba con el proyecto. Esta es la razón de su minuciosidad, que llega hasta el último detalle, para que luego pueda ser construido sin vacilación. Nosotros entendemos el proyecto como una fase inicial, que luego adquirirá su pleno desarrollo al dirigir la obra. El proyecto de un americano es ya por sí una obra dirigida, o, si se quiere (no nos resistimos a este juego de palabras), digerida. Después de terminado el proyecto entra en escena el *contractor*, que tiene una personalidad muy superior a la de nuestro contratista. Es más: un arquitecto no tiene capacidad legal para construir una obra. El ejecutante con responsabilidad y personalidad jurídica es el contratista.

¿LES GUSTAN LOS RASCACIELOS MODERNOS A LOS AMERICANOS?

El americano es muy disciplinado. Le dicen: esto debe ser porque está dentro de la actualidad y obedece a un concepto nuevo de la estética, y lo acepta de muy buen grado. Hoy en día, América ha tomado postura al lado de lo más moderno en arte. Hoy, los colegios llevan a los niños a los museos a explicarles a Picasso, a Braque, a Mondrian o a Calder. Se ha iniciado una nueva trayectoria en la educación del gusto.



Callejones de tipo "medieval", muy frecuentes en las grandes ciudades norteamericanas.

SIN EMBARGO, SE VA A ESTAS CIUDADES Y HAY QUE BUSCAR LA ARQUITECTURA MODERNA CON CANDIL

Es natural: una ciudad, ni siquiera las americanas, no se improvisa. Es el depósito de muchos años de historia, y nunca la gran masa de lo hecho representa el estado espiritual del momento final. Gran parte de las ciudades europeas son hoy todavía medievales en su estructura, cuando ya nada nos queda del espíritu artístico de las catedrales. Cualquiera que vaya a Nueva York se verá sorprendido por la gran cantidad de arquitectura estilo *Ecole de Beaux Arts* de París. Es que corresponde a una época de gran esplendor y grandes fortunas. No obstante, todo edificio importante que hoy se realiza se hace en el estilo más moderno; ya no se coloca una moldura, una pilastra ni un frontón. Sólo he visto en Nueva York un caso excepcional: la nueva Facultad de Derecho de N. Y. University, de puro estilo georgiano. Pero esto tiene una razón: su emplazamiento en Washington Square, cuyo ambiente se quiere preservar.

PERO LAS CASAS QUE SE VEN EN LAS REVISTAS, ¿NO SON TODAS DE ESTILO MODERNO?

Esto es un caso aparte. En todas las épocas ha existido una arquitectura popular e ingenua al lado de la arquitectura histórica representativa del momento. Las sencillas casitas de madera, *bungalows*, etc., que vemos en las revistas representan la arquitectura popular y sin pretensiones, y puede decirse de ellas que carecen de estilo, aunque su apariencia por el entablado exterior de las fachadas recuerde, sin interrumpir una línea tradicional, a las que se hacían en el siglo XVIII. En estas casitas se continúa, en efecto, una tradición carpintera muy importante en los Estados Unidos. Se suelen construir con una armadura sencillísima de tablores ligeros, que se conoce con el nombre de *balloon frame*. Los carpinteros de cualquier pueblecillo son verdaderos maestros. Yo vi la casa de José Luis Sert, que es de estilo muy moderno, y que, sin embargo, está

ejecutada por el carpintero del pueblo. Sert me dijo que esta gente trabaja prodigiosamente. Hay que tener en cuenta también que en los Estados Unidos los *bungalows* se los construye a veces el mismo propietario. Suelen comprar un libro explicativo; piden los materiales, que se los envían a la obra cortados y preparados, y, con unas herramientas elementales, el padre, ayudado por los hijos, pone en pie su casita de madera. Son, por consiguiente, construcciones muy simples, sin complicaciones estructurales, y que por su apariencia tranquila resultan más bien clásicas.

EL MOBILIARIO MODERNO, ¿SE USA MUCHO?

Sí; evidentemente, mucho. El mobiliario moderno ha trascendido ya a la gran industria y al comercio popular, y se nota una emulación en la línea y depuración de los modelos. En Nueva York existen también tiendas suecas y filandesas, cuyos muebles, cristalerías, cerámicas, etc., son muy estimados. Sigue abierto siempre un mercado para el mueble colonial, cada vez más estilizado y sencillo. Es evidente que las grandes casas antiguas poseen muebles históricos de alto precio, sobre todo franceses.

¿EXISTEN COLEGIOS DE ARQUITECTOS?

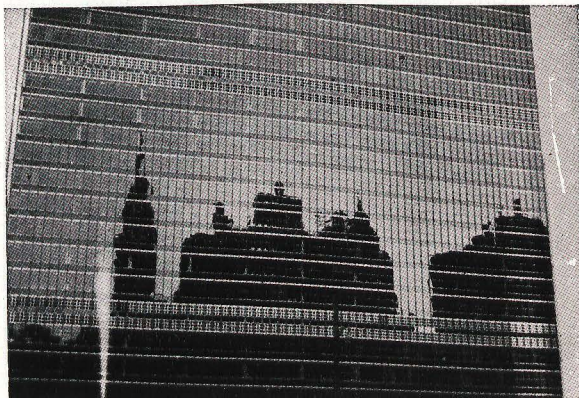
No, exactamente. Existe el American Institute of Architects, con sede en Washington; la New York Society of Architects y la Architectural League of New York, en esta ciudad. Son agrupaciones de carácter más privado que nuestro Colegio, mas en el estilo de la antigua Sociedad Central de Arquitectos. Otorgan premios y distinciones, de los cuales la "Gold Medal", del A. I. A., es el más alto. Dan gran importancia a su función social y de relación, cosa tan difícil de canalizar en nuestro clima individualista.

¿SE CONVOCAN CONCURSOS PUBLICOS?

Sí, pero como excepción.



El plano geométrico, elevado a monumento arquitectónico, y el cristal, a vehículo expresivo: las torres de Mies Van der Rohe, en Chicago, y el plácido paramento de la O. N. U., como un lago en pie.



¿POR QUE EXISTE ESA ANARQUIA EN LAS ORDENANZAS DE ALTURA EN LAS CIUDADES AMERICANAS?

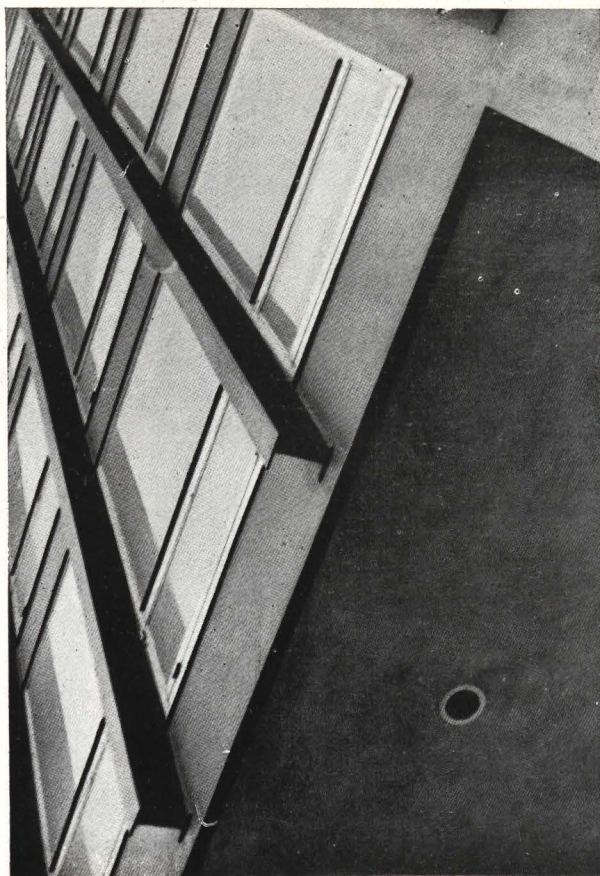
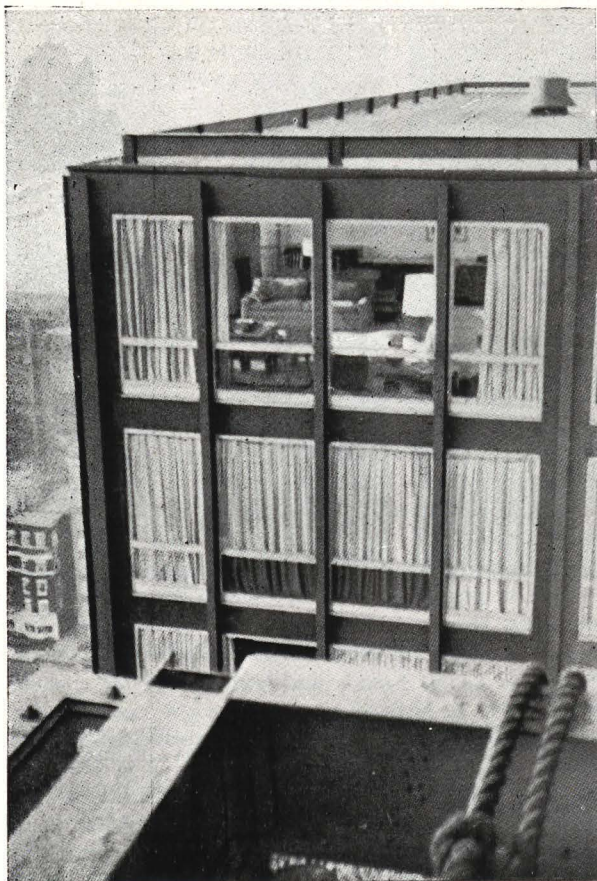
Porque la sociedad americana se ha basado en la libertad individual, y las ordenanzas (*zoning regulations*) se han tenido que abrir paso con muchísima dificultad. Cuando los rascacielos de la *downtown* fueron elevando sus enormes paredes verticales y ensombreciendo las calles, hasta los más insensibles se alarmaron. Entonces se promulgó la ordenanza de 1916, obligando a retranquear las fachadas a partir de cierta altura, dando lugar a los conocidos rascacielos de silueta escalonada. El *set back* de las *zoning regulations*, de 1916, pudo imponerse legalmente por tratarse de un problema de salubridad pública. Si se hubiera tratado de razones estéticas, no hubiera encontrado el apoyo de los Tribunales de Justicia, que defienden los derechos individuales.

El Urbanismo, no tiene todavía en América más fuerza que la persuasión; no tiene *police power*, como dicen ellos. Estuve visitando en Chicago la oficina de Urbanismo que se ha montado para regenerar el South Side, uno de los barrios más lastimosos de la ciudad. Esta oficina se sostiene privadamente por una serie de instituciones que tienen sus establecimientos en aquella parte, principalmente el Reese Hospital y el Institute of Technology. Estuve hablando con el urbanista director, y le pregunté qué facultades legales tenían para imponer sus planes. "Ninguna—me contestó—; tratamos de convencer a las autoridades, y no siempre lo conseguimos. En Chicago tiene mucha importancia el *Real State* (los negocios de la propiedad inmobiliaria). Ellos tienen más fuerza política que nosotros, y a menudo nos ganan la partida. Pero el tiempo trabaja a nuestro favor, porque nuestra causa se impone por su propio peso."

Cuando vemos el desorden de la ciudad americana, estamos viendo una ciudad que se ha hecho a lo largo de los últimos ochenta años, y que sólo ha aceptado las ordenanzas por razones de salubridad, higiene o consideraciones técnicas. Todavía hay jueces que dicen no poder fallar en cuestiones estéticas, que pertenecen a la controversia de los gustos. Hoy, esta mentalidad está empezando a resquebrajarse.

LA GENTE, ANTE LA MONSTRUOSIDAD DE LAS GRANDES CIUDADES, ¿NO REACCIONA?

Sí. Aunque parezca paradójico, la gran ciudad como monstruo incontrolable se ha creado por su misma aversión a ella. Ya Jefferson decía que en América jamás se acumularía la gente en grandes ciudades, apiñadas como en Europa. Esto era signo de una civilización pervertida, que había olvidado el estado natural del hombre. La aversión a la ciudad sigue desde entonces en América; pero es lo que ha dado lugar a las inmensas regiones metropolitanas, donde la ciudad se extiende y no se acaba nunca, y el resultado ha sido un mal más grave que el que se pretendía evitar. Los medios de transporte han facilitado la dispersión, pero han puesto a los urbanistas ante una cruel disyuntiva: Si se mejoran las vías de comunicación, ¿resolveremos los actuales problemas de tráfico o crearemos otros más graves, facilitando todavía más el crecimiento de la ciudad?



Detalles de austeridad y sinceridad constructiva en las torres de Mies Van der Rohe.

dad? Ahora recuerdo una frase de Carlos Arniches en la pasada guerra: "¿Para qué hacemos tantas trincheras si en seguida se nos llenan de moros?" Algo así es lo que pasa con las autopistas americanas.

¿POR QUE HABIENDO UN AUTOMOVIL PARA CADA HABITANTE LOS HACEN TODOS DE SIETE PLAZAS?

Para darse cuenta del derroche de energías que esto supone no hay como contemplar las pistas de salida de Wáshington cuando se cierran las oficinas gubernamentales. Son verdaderos ríos de tremendos y relucientes automóviles ocupados por una sola persona. Hay que pensar también en la inmensa cinta de carretera necesaria para un rendimiento de evacuación humana relativamente pequeño. El americano no tiene el sentido de lo enjuto y estricto, y prueba de ello es que no sabe construir bicicletas. En las formas opulentas e hinchadas del automóvil hay una vaga reminiscencia del ideal femenino popular.

AL CONTEMPLAR EN REALIDAD EL EDIFICIO DE LA O. N. U., ¿QUE TE HA PARECIDO?

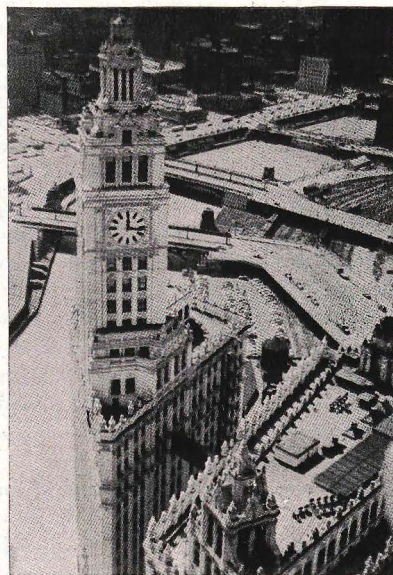
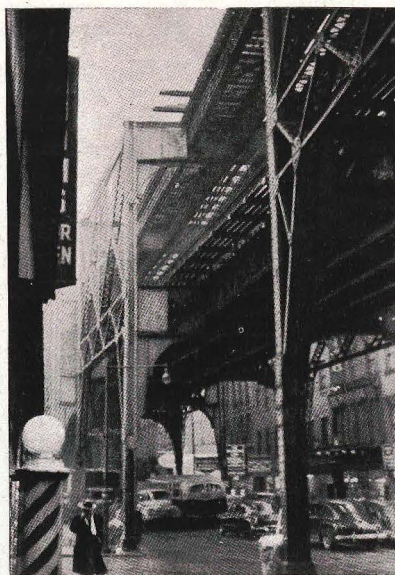
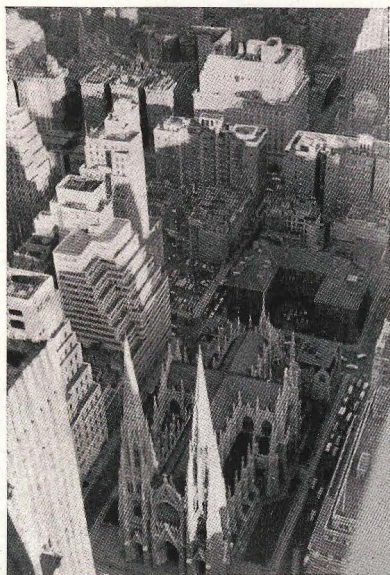
Un formidable monumento elevado a la Belleza. Representa el mayor esfuerzo que se ha hecho por monumentalizar las líneas abstractas del dibujo arquitect-

tónico actual. La apetencia de convertir el plano en fenómeno estético significativo; una intención que estaba reservada a la Edad Contemporánea, lo mismo que en tiempos pretéritos se había logrado la monumentalización de la pirámide, del cubo y de la esfera. El volumen en la Arquitectura actual resalta el carácter genético de los planos que lo forman, y esto se percibe admirablemente en la O. N. U. En cambio, el fracaso estético de la nueva Lever House reside precisamente en esa incomprensión del carácter significativo del plano.

Al acercarse, y luego al trasponer el umbral de la O. N. U., se percibe en seguida su inequívoca contemporaneidad. Es un monumento perfectamente congruente con nuestra época, con sus recursos y avances tecnológicos. Por esto es una realidad efectiva en el campo de la Arquitectura, ya que ésta es nuestro retrato o no es nada.

El edificio tiene *calidades* y aspectos que sólo se pueden captar en la contemplación real: el color verde submarino de los vidrios; el aspecto de la planta baja flotante y la visión a su través de los barcos, que se mueven, lentos, por las aguas del East River; la textura nacarada de las estrechas paredes de mármol, etc.

Y, lo que son las cosas, donde encontramos defectos es en su aspecto funcional como edificio de oficinas. Pero entrar en esto sería entrar en un análisis, desde el punto de vista de su utilidad, que no se nos ha solicitado.



Aspectos pintorescos de la urbe americana: una catedral a medio embalar; una calle entoldada de hierro; primores arquitectónicos sobre los "docks", y las vías de ferrocarril.

¿QUE DEBE ENTENDERSE POR ARQUITECTURA MODERNA, BUENA O MALA?

No sé qué pueda tener que ver un juicio de valor con una definición. Por otra parte, esta definición no creo que nos haga falta en este momento, porque nos estamos pasando toda la sesión hablando de Arquitectura moderna y todos nos entendemos.

Al corregir las notas taquigráficas tomadas durante mi improvisada conferencia, se me ocurre dar una definición desdoblada en tres puntos:

- Arquitectura moderna es la que destaca el volumen geométrico en lugar de la masa de naturaleza escultórica; la que organiza el espacio con sentido dinámico por medio de planos conjugados.
- Arquitectura moderna es la que se basa en la expresividad de las estructura y en la flexibilidad

de planta, no condicionada necesariamente por la simetría axial.

- Arquitectura moderna es la que se afirma por medio de las proporciones la calidad de los materiales y la textura de las superficies en lugar del ornamento aplicado.

¿ES QUE LA ARQUITECTURA AMERICANA NO CUENTA CON MEJORES EJEMPLOS QUE LOS QUE HEMOS VISTO EN LAS PROYECCIONES?

¡Cuidado! Yo no he tratado de haceros hoy una historia de la arquitectura americana. Si tal hubiera sido mi propósito, hubiera aducido los ejemplos mejores, los más dignos de perdurar. Es lo que se hace cuando se traza cualquier historia, lo mismo sea de arquitectura que de literatura. Pero he venido a hablarlos de impresiones de los Estados Unidos en general, no a proponeros ejemplos dignos de imitarse.

Aspectos familiares de la ciudad. No se trata de suburbios, como Tetuán de las Victorias o el Puente de Vallecas, sino de zonas céntricas.



Es evidente que la historia de la arquitectura americana, por muy corta que sea, cuenta con capítulos muy estimables. Se inicia por una fase colonial, cuyas consecuencias, como las de toda buena tradición, siguen operantes. Esta fase es corolario directo de la cultura inglesa, pero con matices muy dignos de tenerse en cuenta. Sus mejores ejemplos están en New England y Virginia y pertenecen al período que en Inglaterra se ha llamado georgiano. Desde entonces, la buena arquitectura americana posee un legado inestimable de claridad, elegancia y finura de toque.

La segunda fase, todavía muy vinculada a la primera, y que llega hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, es el "Greek Revival" o neogriego. Supone, por decirlo así, el primer estilo verdaderamente nacional, y es del máximo interés. Siento no poderle dedicar aquí algún comentario.

La tercera fase la constituye el que pudiéramos llamar estilo prerracionalista o de la era industrial, que simboliza Louis Sullivan y la escuela de Chicago. Estilo extrañamente precursor, que tiene su origen en las lecciones de austeridad del neogriego.

La cuarta fase es el borrón de esta breve y ejemplar historia arquitectónica. Es la fase del *pastiche*, que se inicia con la World's Fair de Chicago, de 1893. Su razón está en un fenómeno económico y en un afán de ostentación de los millonarios de la edad dorada. Esta fase se redime al final con los grandes rascacielos de líneas verticales, exponentes de un auténtico espíritu americano.

La quinta fase y final es la del auge del estilo internacional europeo, debida a la emigración de sus figu-

ras más representativas y a la reciente difusión que ha tenido el arte abstracto, debida en gran parte a instituciones como el Museum of Modern Art. América se encuentra ahora de pleno dentro de esta fase, y no sabemos si, pasado algún tiempo, la modulará con rasgos distintivos nacionales.

POR ULTIMO, TRAS UN AÑO DE AUSENCIA, ¿COMO HAS ENCONTRADO LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA?

En un estado peligroso de desorientación. Viniendo de América, donde existe un movimiento unánime, que por el solo hecho de serlo ya tiene un valor, y donde he encontrado una auténtica fe en las posibilidades artísticas de nuestro tiempo, nuestra indecisión y falta de criterio se acusan de una manera más evidente. Esta desorientación nos puede llevar a tomar posturas muy peligrosas, y en algún caso extremadamente radicales, por falta de razonamiento y base filosófica. Encuentro en los arquitectos americanos una responsabilidad mucho mayor al proyectar sus obras. No todo son audacias espectaculares, que, por otro, su técnica les permite, sino razonamiento, verdad y pulcritud, que aquí sólo se dan esporádicamente. Insisto en que a los arquitectos españoles nos falta una verdadera formación, que nos haga conscientes de nuestro propio cometido por encima de veleidades y fantasías sin base. Creo que estamos en un momento en que es necesaria una tarea profunda de indoctrinación, una labor teórica y crítica de las más exigentes.

En 1840 se publicó en Karlsruhe un dibujo comparativo de los más altos edificios construidos hasta aquella época. Y sobre el mismo, el arquitecto Walter Henne trazó la silueta de los rascacielos norteamericanos, que sobrepasan ampliamente a aquéllos y superan, como en el Empire State, a la misma torre Eiffel.

